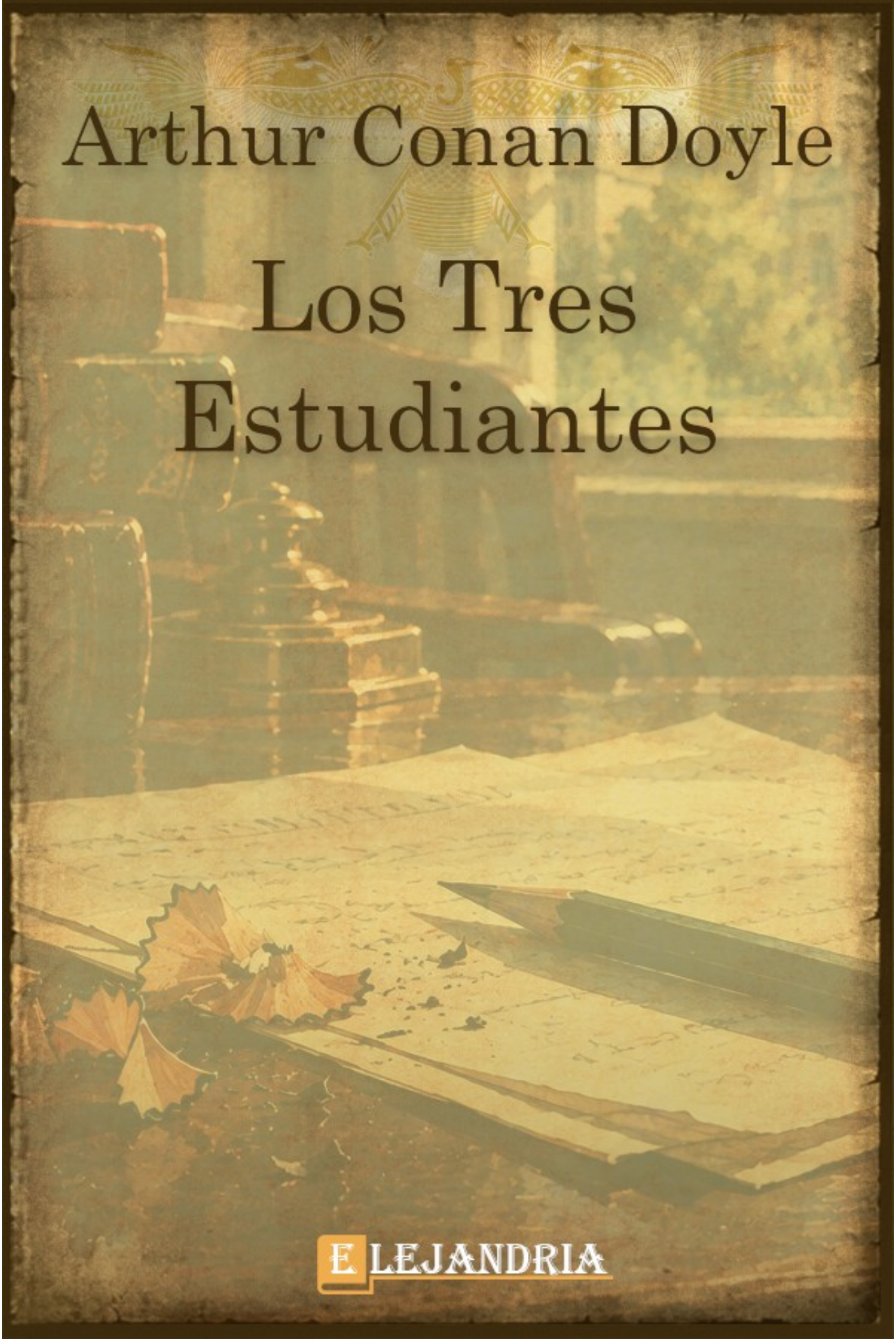
Arthur Conan Doyle

Los Tres Estudiantes



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Los tres estudiantes

Arthur Conan Doyle

Publicado: 1904
Fuente: https://archive.org
Traducción: Anónima
Edición original: Nuevos triunfos de Sherlock Holmes. Biblioteca de la Nación, Buenos Aires (1909)

Los tres estudiantes

1. Los tres estudiantes
    1. Nota de la edición
    2. Los tres estudiantes

Nota de la edición

«Los tres estudiantes» (*The Adventure of the Three Students*, 1904) es uno de los relatos de *El regreso de Sherlock Holmes*, de Arthur Conan Doyle. Esta edición digital reproduce la traducción anónima publicada en *Triunfos de Sherlock Holmes* (Buenos Aires, Biblioteca de «La Nación», 1909).

Se ha modernizado la ortografía (acentuación y signos de puntuación) conforme a las normas actuales de la RAE, sin alterar el vocabulario ni la sintaxis del traductor, y se han corregido las erratas evidentes de imprenta.

Los tres estudiantes

Durante el año 1886, y a consecuencia de varias circunstancias que creo innecesario decir ahora, tuvimos Holmes y yo que pasar algunas semanas en cierta capital donde existe una importante Universidad. Allí fuimos actores de una aventura bastante extraña, y a pesar de que tengo autorización para contarla, he de hacerlo con las mayores reservas, porque si llegara a saberse quiénes eran las personas que mediaron en este asunto, sería causa de gran escándalo. Esta necesaria discreción ha estado a punto de obligarme a callar en absoluto, a no ser porque en esta ocasión, como en ninguna, mi héroe demostró su talento y sus maravillosas facultades de observador.

Hechas estas observaciones comenzaré la narración con la seguridad de que bajo los nombres supuestos que empleo, no adivinaréis los verdaderos.

Vivíamos Sherlock Holmes y yo en una casa próxima a una librería, donde mi amigo pasaba muchas horas hojeando pergaminos y códices de la Edad Media. Era su pasión favorita y aquellos estudios le sirvieron para salir airoso de una aventura que contaré algún día.

Una tarde, casi anochecido, recibimos la visita del señor Hilton Soames, antiguo amigo nuestro y profesor del Colegio de Saint-Suc. El señor Soames era un hombre delgado y de alta estatura. Venía de tal modo convulso y agitado, que, a pesar de ser muy nervioso, comprendí que debía sucederle algo muy extraordinario.

—Espero, señor Holmes —dijo al entrar— que tendréis la bondad de escucharme unos segundos. Acudo a vos lleno de esperanza; únicamente vos podéis aclarar el misterio y descubrir lo que ha pasado hace un momento en el colegio.

—Lo siento mucho —contestó Holmes con sequedad—, pero ahora estoy ocupadísimo y os agradecería que diérais parte al juez.

—No, por Dios. De ninguna manera. Se sabe dónde comienza la acción judicial, pero se ignora dónde termina. Además, se trata de un asunto de tal índole, que debemos evitar el escándalo. Vuestra discreción iguala a vuestro talento… Yo os ruego, querido Holmes, que me atendáis.

Mi amigo se encogió de hombros sin contestar. Entonces Soames aprovechó aquel tácito consentimiento y comenzó a hablar apresuradamente.

—Ante todo, debo deciros, señor Holmes, que mañana se celebran las oposiciones para la pensión Fortescue. Yo soy uno de los examinadores y estoy encargado de la asignatura del griego. He ordenado imprimir el tema y hemos procurado que permanezca en el mayor secreto; pues de conocerse antes de tiempo, facilitaría mucho la traducción a los opositores.

Hoy, a las tres, recibí las pruebas, y me puse a corregirlas con cuidado. A las cuatro y media todavía me faltaba más de la mitad; pero, sin embargo, lo dejé para ir a tomar una taza de té en casa de uno de mis colegas. Regresé al cabo de una hora.

Ya sabéis, amigo Holmes, que las puertas de mi despacho son dobles, es decir, primero hay una madera y luego una mampara de bayeta verde. Al llegar a la primera quedé asombrado al ver puesta la llave en la cerradura, y al registrarme creyendo en un olvido mío, me hallé la de mi uso particular. Indudablemente aquella otra debía de ser la de mi criado Baunister. —Os advierto que este Baunister está hace diez años en la casa, y nunca he tenido la menor duda respecto de su probidad.— En seguida comprendí que mi criado abrió el despacho para entrarme la taza de té que acostumbro a tomar todas las tardes, y al ver que no estaba, salió inmediatamente, olvidándose de quitar la llave de la cerradura. Este olvido, que en otras circunstancias no hubiera originado daño alguno, ha causado un mal enorme. En cuanto entré, vi que habían andado en la mesa. El tema griego estaba impreso sobre tres cuartillas que yo dejé unas encima de otras. Ahora se hallaba una en el suelo, la otra en una mesita colocada cerca de la ventana, y la otra en el sitio donde yo la había dejado.

Holmes hizo un movimiento. La narración principiaba a interesarle.

—La primera cuartilla era la del suelo —dijo—, la segunda la próxima a la ventana, la tercera la de la mesa.

—Eso es —exclamó asombrado el profesor—, ¿cómo lo habéis acertado?

—¡Bah! No tiene importancia. Luego os lo diré. Continuad.

—Primero pensé que Baunister se había permitido andar en mi mesa; pero al preguntarle y oír sus protestas, me convencí de que no había sido él. Evidentemente debió de ser alguno que al pasar vio la llave en la puerta, y al comprender que yo estaba fuera, entró con objeto de copiar la traducción. La importancia de la pensión es lo bastante considerable para arriesgarse un poco.

Baunister casi se desmayó al saber lo sucedido, y yo mismo tuve que servirle un vaso de agua para tranquilizarle. Luego se dejó caer en un sillón, mientras yo examinaba el despacho.

El intruso había dejado algunas huellas en pos de sí. Sobre la mesita que hay cerca de la ventana hallé unos pedacitos de madera y una mina rota, lo cual demostraba que el granuja quiso copiar el texto tan precipitadamente, que rompió la punta del lapicero y tuvo que afilarle.

—Bien… Muy bien —susurró Holmes, menos huraño, a medida que aumentaba su curiosidad.

—Todavía hay más. Sobre un pupitre que tengo hace poco tiempo, y que está forrado de cuero rojo, había una raspadura profunda y unos pedacitos de pasta o de tierra negra y húmeda. Ya no hallé más huellas, y durante largo rato quedé atontado sin saber qué partido tomar, hasta que me acordé de vos. ¡Compadeceos de mí, señor Holmes! Pensad que mi situación es desesperada. Es preciso que encontremos en seguida al culpable, o de lo contrario retardar las oposiciones hasta que yo tenga tiempo de imprimir otro tema diferente. Ya comprenderéis que esto último desacreditaría en extremo al colegio y hasta la Universidad.

—Perded cuidado. Habéis conseguido excitar mi curiosidad —contestó Holmes, levantándose y poniéndose el abrigo—, me agradará mucho poder ayudaros. ¿Entró alguien en vuestro despacho cuando teníais las pruebas sobre la mesa?

—Sí; un tal Daulat Ras, un estudiante indio que habita en el segundo piso. Vino a preguntarme algunas cosas respecto del examen.

—¿Piensa tomar parte en las oposiciones?

—Sí.

—¿Podía advertirse a simple vista lo que eran las cuartillas?

—Me parece que sí.

—¿Ha entrado alguien más que ese joven?

—No.

—¿Sabía alguien que teníais las pruebas en vuestro poder?

—A excepción del impresor, no.

—¿Y Baunister?

—No… Me parece que no.

—¿Dónde le habéis dejado?

—¡Pobrecillo! Lo he dejado enfermo, aplanado en el sillón.

—¿Habéis dejado la puerta abierta?

—Sí; pero guardé los papeles bajo llave.

—Muy bien. Resulta que de no ser el estudiante indio la persona que ha copiado las pruebas, debemos suponer que el copista se enteró de su valor por casualidad, ¿no es eso?

—Así lo creo.

Holmes sonrió.

—Bueno, vamos allá. ¿Venís, Watson?

El despacho de nuestro cliente se hallaba situado en la planta baja del edificio, y se entraba a él por una puerta, a cuyo pie morían cuatro o cinco gastados escalones de piedra. La ventana era de forma ojival y daba a un jardín, uno de esos jardines sombríos y silenciosos que hay en los hospitales y en los colegios. En los pisos superiores vivían los tres estudiantes, de los cuales nos había hablado el profesor.

Cuando llegamos era ya de noche, y antes de entrar Holmes, se paró delante de la ventana, y alzándose sobre la punta de los pies, echó una mirada al interior de la estancia.

—No, es demasiado estrecha para dar paso a un hombre —observó nuestro guía—; el intruso debió de entrar por la puerta.

—Claro —repuso Holmes, siempre sonriendo y mirando de un modo extraño a Soames—. ¿Queréis guiarnos, puesto que aquí ya no hacemos nada?

El profesor nos guió hasta la puerta, y él y yo quedamos en el umbral, mientras Holmes examinaba atentamente la alfombra.

—Aquí no se ve señal alguna de pasos —dijo después de un rato—; lo cual nada tiene de particular, en vista de lo secas que están las calles. Seguramente vuestro criado debe estar ya repuesto de su accidente.

—¿En qué sillón le dejasteis?

—En aquel, cerca de la ventana.

—Ya, ya; al lado de la mesita. Ya podéis entrar. Ahora vamos a examinar la mesita. Creo que podemos reconstruir la escena perfectamente. El individuo, al entrar, divisó las cuartillas, las cogió una por una, y vino a leerlas aquí junto a la ventana, desde la cual dominaba el jardín, y podía veros venir.

—No pudo verme, pues entré por una puerta de escape.

—Conformes; pero eso no lo sabía él. Veamos las pruebas. Las ha ido cogiendo una por una y copiándolas. Cuando estaba a la mitad de la segunda, os sintió, y apenas si tuvo tiempo para huir, sin cuidarse de ponerlas en orden, para evitar que os enteraseis de lo que había ocurrido. ¿No recordáis haber oído ruido al entrar?

—No.

—El individuo escribía con tanta premura, que se le rompió la punta del lapicero, y tuvo que afilarlo. Esto, amigo Watson, es un dato muy importante, por él sabemos que el lapicero era de los caros, de color azul obscuro, con el nombre del fabricante en letras plateadas, y debe tener ahora unos cuatro centímetros, aproximadamente. Buscad el lapicero, amigo Soames, y

encontraréis al hombre. ¡Ah! Se me olvidaba decir que la navaja tenía la hoja ancha y muy afilada.

El profesor demostraba estar asombrado de la seguridad con que hablaba Holmes.

—Comprendo todas esas observaciones, menos la de la extensión del lapicero.

Holmes mostró una de las astillas, en la cual se veían claramente dos enes.

—¿Lo comprendéis ahora?

—Tampoco.

—Vaya, Watson —prosiguió Sherlock, volviéndose hacia mí—. Veo que ya no sois vos solo el que tarda en comprender las cosas. Ya sabéis, señores, que el mejor fabricante de lápices es Johann Faber; y como estas dos enes son las últimas del nombre, creo que podemos calcular, casi con seguridad, el espacio que ocupa el apellido.

Y sin darle tiempo al profesor para que respondiera, cogió la mesita y la trajo hacia la luz.

—La copia ha debido ser hecha en papel pasta, pues si hubiera sido fino, habrían quedado señaladas las letras sobre el cuero. Veamos la mesa. ¡Calla! Aquí están los montoncillos de tierra, y que tienen una forma bastante original; parecen pirámides minúsculas. ¡Ah! Aquí está la raspadura. ¿Sabéis, señor Soames, que cada vez me interesa más este asunto? ¿Esta puerta, adónde da?

—A mi alcoba.

—¿No habéis mirado aquí?

—No; salí corriendo en busca vuestra.

—Bueno; vamos a verla. No, no entréis; dejadme solo. ¿Colgáis la ropa detrás de esta cortina?

—Sí.

—¡Ah! Pues solamente aquí es donde puede ocultarse una persona, puesto que el lecho es demasiado bajo y demasiado estrecho el armario.

Holmes levantó la cortina y aparecieron algunos trajes, y alguna que otra prenda de uso interior. Ya iba a taparlos nuevamente, cuando vio algo que le llamó la atención.

—¿Qué es esto?

Era un pedacito de tierra de forma y tamaño exactamente iguales a los que habíamos encontrado encima de la mesa. Holmes puso ambos sobre la palma de la mano, y colocándose bajo la luz, los comparó.

—Ya veis, amigo Soames, que vuestro visitante también os ha dejado tarjeta en la alcoba.

—¿Y para qué había entrado ahí?

—Muy sencillo. Como se enteró de vuestra llegada cuando ya no tenía tiempo de huir, cogió todo lo que pudiera comprometerle, y corrió a ocultarse en la alcoba.

—Entonces ¿creéis, amigo Holmes, que mientras yo hablaba con Baunister, en el despacho, teníamos prisionero al intruso en la alcoba?

—Estoy seguro de ello.

—Entonces ya varía la cosa. ¿Habéis examinado esa otra ventana?

—Sí; por ahí puede pasar muy bien un hombre. Pero no se trata ahora de eso. Me habéis dicho que en los pisos de arriba habitan tres estudiantes, ¿no?

—Sí.

—Muy bien. Para entrar en sus cuartos, ¿tienen que pasar indispensablemente por delante de vuestra puerta?

—Sí.

—¿Se presentan los tres a las oposiciones?

—Sí.

—¿Sospecháis de alguno de ellos?

Soames dudó un instante.

—Hombre… esa es una cuestión muy delicada. No se debe sospechar de nadie sin tener pruebas.

—Bueno; decidme las sospechas, y yo me encargaré de justificarlas.

—Voy a procurar describiros el carácter de cada uno de ellos. El que vive en el primer piso se llama Gilchrist, y es un joven muy estudioso. Dotado, además, de unas fuerzas hercúleas, toma parte en los juegos de Rugby, y es de los primeros sportsman del colegio. Su padre llamábase sir Jabes Gilchrist, y se arruinó en las carreras de caballos.

El estudiante del segundo, llámase Daulat Ras. Es un indio muy reservado y melancólico, como todos los de su raza. Es muy trabajador, particularmente en el griego, que le resulta más difícil.

En el tercero vive Miles Mac-Laren. Es uno de los muchachos más inteligentes de la Universidad, pero muy inconsecuente en el estudio. Estuvo a punto de ser expulsado hace poco por un escándalo que dio en una casa de juego. Durante este último trimestre no ha estudiado una palabra, y creo que no debe estar muy bien preparado para el examen.

—Bueno; para terminar —interrumpió Holmes—, ¿es de este último de quien sospecháis?

—Hombre, yo no digo tanto; pero de ser alguno de los tres, creo que este sería el más capaz de ello.

—Bien. ¿Queréis llamar al criado?

Baunister era un cincuentón, de corta estatura, de rostro pálido y de cabellos grises. No parecía muy seguro todavía, y de vez en cuando le recorría el cuerpo un estremecimiento nervioso.

—Estamos haciendo conjeturas respecto del suceso de esta tarde —le dijo su amo, tan pronto entró.

—¿Creo —interrogó Holmes— que dejasteis olvidada la llave en la cerradura?

—Sí, señor.

—¿Y no os parece muy rara esta coincidencia de que se olvidara justamente el día en que estaban las pruebas sobre la mesa?

—Desgraciadamente, señor, me sucede muchos días la misma cosa.

—¿A qué hora entrasteis en el despacho?

—Poco después de las cuatro y media. Es la hora en que acostumbra tomar el té el señor profesor.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis dentro del cuarto?

—Muy poco. Salí inmediatamente que noté la falta del señor.

—¿Divisasteis los papeles que había sobre la mesa?

—No, señor.

—¿Cómo explicáis el que se olvidara la llave en la cerradura?

—Pues como llevaba las manos ocupadas con el servicio del té, la dejé para recogerla tan pronto dejara aquel en la cocina. Luego se me olvidó.

—Creo que cuando os llamó vuestro amo y os contó lo que ocurría, os emocionasteis mucho.

—Es cierto. Como que en los años que llevo en casa no había sucedido una cosa semejante.

—¿Dónde estabais cuando os sentisteis mal?

—¿Que dónde estaba? Ahí, frente a la puerta.

—Pues entonces me parece muy raro que en lugar de sentaros en una de las sillas que teníais cerca, vinierais a este sillón.

El criado encogiose de hombros.

—Creo que lo hizo de un modo inconsciente —advirtió el profesor.

—¿Permanecisteis en el cuarto después de haberse ido vuestro amo? —continuó Holmes, como si no hubiese oído nada.

—Un rato nada más; luego, como me sentí un poco más tranquilo, salí y cerré la puerta con llave.

—¿Sospecháis de alguno?

—De nadie, en absoluto. No puedo creer que ninguno de los estudiantes de esta Universidad sean capaces de semejante acción.

—¿Habéis contado a alguno de los tres estudiantes lo que ha ocurrido?

—No, señor; no les he dicho una sola palabra.

—Está bien. Ahora —continuó Holmes, dirigiéndose al profesor—, salgamos al jardín, si no tenéis inconveniente.

Encima de la ventana del piso bajo, brillaban las luces correspondientes a las de los demás pisos.

—Vaya, los tres pájaros están en sus nidos —exclamó Holmes, levantando la cabeza—. ¡Calla! Me parece que uno de ellos está un poco nervioso.

Efectivamente; en el cuadro de luz de la segunda ventana, veíase pasar y repasar la silueta de un hombre.

—¿Podríamos visitar ahora a esos caballeros? —preguntó Sherlock.

—Ya lo creo —respondió Soames—. Como precisamente esos tres cuartos son los más antiguos del colegio, continuamente se enseñan a los forasteros y a todo el que desea verlos. Venid.

—¡Ah! Se me olvidaba —murmuró Holmes, mientras aguardábamos que abriera Gilchrist la puerta—; ni una palabra respecto de nuestros nombres, ¿eh?

Se descorrió un cerrojo, y ante nosotros apareció un joven alto y rubio que nos saludó muy cortésmente, y que al decirle Soames el falso objeto de nuestra visita, nos dejó pasar. La habitación era una curiosa muestra de la arquitectura medioeval, y le agradó de tal modo a Holmes, que sacando un papel y un lápiz se puso a dibujar uno de los rincones. Al poco rato, seguramente porque dibujaba precipitadamente o porque apretaba demasiado, se le rompió el lápiz y suplicó al estudiante que le prestara el suyo, así como el cortaplumas.

Igual contratiempo le ocurrió en el cuarto del indio, un hombrecillo silencioso y de corva nariz que nos miró con ojos recelosos y que no pudo disimular su satisfacción cuando concluyeron los estudios arqueológicos de Holmes. En el tercer piso no pudimos entrar. La puerta permaneció cerrada, y a nuestro campanillazo respondieron unos gruñidos; a nuestras súplicas una voz irritada.

—¡Dejadme en paz! ¡No tengo ganas de perder el tiempo en tonterías!

—¡Vaya un hombre mal educado! —murmuró nuestro guía mientras descendíamos la escalera—. Seguramente ignoraba que era yo uno de los que

llamaban, pero de todos modos es bastante incorrecto su comportamiento, y en las actuales circunstancias, no deja de ser un poco sospechoso.

—¿Podríais decirme qué estatura tiene? —interrogó Holmes.

Soames y yo le miramos asombrados.

—Hombre… No sé. Es más bajo que Gilchrist y algo más alto que el indio; debe tener unos cinco pies aproximadamente.

—Gracias. Esto tiene gran importancia. Vaya, amigo Soames, ¡buenas noches!

El profesor no pudo reprimir una exclamación de asombro.

—¡Cómo! ¿Pero me dejáis así, amigo Holmes? Tened en cuenta lo terrible de mi situación. Ya sabéis que mañana son los exámenes y yo no puedo permitir que esto quede así, en la incertidumbre.

—No hagáis nada absolutamente. Mañana en cuanto amanezca, vendré por aquí y hablaremos. Hasta entonces, dejad las cosas como están.

Soames inclinó la cabeza, convencido por la seguridad que tenían las palabras de Sherlock.

—Está bien, Holmes.

—Estamos conformes, ¿eh? Voy a llevarme esta tierra y las astillas. ¡Hasta mañana!

Salimos al jardín. En la ventana del segundo veíase pasar y repasar la silueta del indio. En las otras dos, nada rompía la serenidad de la luz.

—¿Qué os parece, amigo Watson? —me dijo Holmes, ya en la calle—. Como veis se trata de un asunto interesantísimo. Entre esos tres estudiantes está el culpable; ¿por cuál votáis?

—¿Yo? Por ese joven del tercero que nos ha recibido de una manera tan poco cortés. Además, es el de peor reputación de los tres. Sin embargo, no deja de extrañarme la agitación del indio.

—Eso no tiene nada de particular. Ya sabéis que hay mucha gente que se pasea de esa suerte para aprenderse las cosas de memoria.

—Sí; pero nos ha mirado de un modo muy extraño.

—Me parece que vos hubierais hecho lo mismo si os interrumpieran de la manera que nosotros lo hemos hecho en la espera de un examen. Además, ni su lápiz ni su navaja, corresponden a las señales que hay en estas astillas.

—A mí lo que me preocupa es el papel que ha jugado Baunister en el asunto.

—A mí me parece un hombre honrado a carta cabal.

—También a mí, y eso es lo que me desconcierta; ¿cómo ha podido un hombre semejante?… ¡Calla! Aquí hay una librería.

Entramos en las cuatro librerías que había en la ciudad; en todas ellas mostró Holmes las recortaduras del lápiz, pidiendo otro igual, y en todas ellas le respondieron lo mismo: «que no tenían lapiceros de aquella clase, que se podrían encargar, etc.» Holmes dijo que no, y salió de la última tienda con un gesto de aburrimiento en la cara.

—Vaya, ¿vámonos a casa? —me dijo después de un rato de silencio—. Es hora de cenar, y, sobre todo, no debemos olvidar a ese infeliz Soames.

Durante la cena no hablamos ni una palabra, y yo respeté el silencio de mi amigo al verle absorto y preocupado. A la mañana siguiente, poco después de las ocho, entró en mi cuarto, cuando yo concluía de arreglarme.

—¿Estáis ya, amigo Watson? No hago más que pensar en el desgraciado Soames y en el rato que estará pasando.

—¿Tenéis algo bueno que decirle?

—Sí.

—¿Sí? ¿Habéis encontrado la solución del problema?

—Sí, querido Watson, he solucionado el problema. Por algo me veis tan sonriente y tan madrugador. Hace dos horas que estoy en pie, y no he perdido el tiempo. Mirad.

Y me mostró tres montoncillos de tierra de forma piramidal.

—Si no me equivoco, ayer no teníais más que dos —dije.

—Cierto; el otro lo he encontrado esta mañana, y me parece que los tres proceden del mismo sitio. Ea, daos prisa, querido Watson, y vamos a tranquilizar a ese excelente señor Soames.

El mísero profesor nos recibió con los brazos abiertos y el semblante desencajado.

—¡Gracias a Dios! —exclamó en cuanto nos vio entrar—. Ya principiaba a temer que me habíais abandonado. ¿Qué hay? ¿Se pueden celebrar los exámenes?

—Claro que sí.

—Pero ¿y él?…

—No tomará parte en ellos.

—¿Sabéis ya quién es?

—Me parece que sí, y para guardar mayor reserva en el asunto, me parece que debemos constituir nosotros mismos un tribunal de honor. Tened la bondad de sentaros aquí; vos, Watson, a este lado, y yo en medio. ¡Ajajá! Me parece que así tenemos cierto aspecto de jueces, ¿verdad? Hacedme el obsequio de tocar el timbre.

Entró Baunister, y al vernos en tal guisa, tuvo un instante de vacilación y de temor.

—Cerrad la puerta —dijo con gravedad Holmes—, y ahora, Baunister, vais a explicarnos clara y sencillamente el suceso de ayer.

El criado palideció más todavía, y le temblaron un poco las piernas.

—Ya he dicho todo lo que sabía, señor.

—¿No tenéis nada que añadir?

—Absolutamente nada.

—Perfectamente. En ese caso, hablaré yo. Ayer por la tarde os sentasteis en ese sillón para ocultar un objeto olvidado por el individuo que penetró furtivamente en este cuarto.

El rostro del criado se tornó lívido.

—No… De ningún modo.

—Estamos hablando en hipótesis, amigo Baunister. Luego, cuando se marchó el señor Soames por segunda vez, sacasteis de esa alcoba al intruso.

Baunister tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla, al mismo tiempo que humedecía, con la punta de la lengua, los labios calenturientos por la emoción.

—No, no; en esa habitación no había nadie.

—Vamos, Baunister; hasta ahora podíais haber dicho la verdad, pero afirmando eso, mentís a sabiendas.

—No… Os aseguro, señor Holmes, que…

—¡Vamos, vamos, Baunister!

—¡Os juro que no había nadie!

—Bien. Ya que os empeñáis en no confesar la verdad, tendremos que prescindir de vos, pero no os mováis de aquí. Soames —prosiguió Sherlock, dirigiéndose al profesor—, ¿queréis tener la amabilidad de subir en busca de Gilchrist y bajar con él?

Un momento después, estaban el profesor y el estudiante en el despacho. Los ojos azules del joven se fijaron inquietos en el criado.

—Querido señor Gilchrist —comenzó Holmes—, estamos aquí completamente solos, y nadie sabrá nunca lo que va a pasar. Seamos francos. Queremos saber la razón de por qué un hombre tan honrado y tan caballero como vos ha podido cometer la acción que habéis cometido ayer en este despacho.

El joven retrocedió, y pálido, azorado, miró con ademán de reproche a Baunister.

—No, no, señor Gilchrist —exclamó inconscientemente el criado—; yo no he dicho nada.

—Verdad es; pero ya no hace falta… Esas protestas de inocencia son toda una acusación —prosiguió Holmes—. Ya comprenderéis, señor Gilchrist, que después de esas palabras, vuestra situación no es nada agradable, y el mejor partido que podéis tomar, es el de confesarlo todo con franqueza.

El estudiante dudó algunos minutos; luego, perdiendo su sangre fría, se dejó caer de rodillas, y ocultándose el rostro con las manos, empezó a sollozar.

—Vamos, vamos —dijo bondadosamente Holmes—. Veo que no estáis corrompido del todo, y cometisteis esa falta en un instante de ceguedad, ¿no es eso? Bien lo comprendo; y para evitaros la vergüenza de hablar, yo explicaré lo sucedido, Ya me interrumpiréis si me equivoco en alguna cosa.

En cuanto me dijisteis, amigo Soames, que nadie absolutamente sabía que se hallaran aquí las pruebas, comprendí claramente la cosa. No había que pensar en el impresor, puesto que este individuo pudo copiarlas en la imprenta sin exposición de género alguno. Tampoco sospeché del estudiante indio, porque estando arrolladas las pruebas, no podía adivinarse qué clase de papeles eran, y menos lógico era pensar en que alguien entrara casual y precisamente cuando vos no os hallabais en la habitación y sí las pruebas encima de la mesa. Sin duda alguna, la persona que entró ya sabía esto último.

Por eso lo primero que hice, en cuanto entramos en el jardín, fue examinar la ventana, pero sin que se me ocurriera el pensamiento de que nadie pudiese en pleno día saltar por allí. Lo que yo pretendía saber, era la estatura que debía tener un hombre para que viera, al pasar, las pruebas que había sobre la mesa. Yo tengo seis pies de estatura, y, sin embargo, tuve que empinarme para verlas, y, por consiguiente, el intruso debía tener una talla igual, cuando menos. Debía, pues, fijarme en el estudiante más alto.

El examen de la habitación me ayudó bastante, sobre todo cuando me dijisteis que Gilchrist era un atleta. Inmediatamente recompuse los hechos, y voy a deciros tal como creo que sucedieron. Este joven fue después de comer a Rugby, y allí se entretuvo un rato saltando. Luego regresó para estudiar, y al pasar por delante de vuestra ventana, su alta estatura le permitió ver las pruebas, y comprendió de lo que se trataba. Tal vez no hubiera sentido la tentación de entrar a no ver la llave en la cerradura, pero la vio, y una curiosidad insana le empujó hacia dentro. Al entrar, se quitó sus zapatos de *sport*, unos zapatos cuyas suelas están provistas de unos clavos triangulares, y los puso sobre la mesita. A propósito, ¿qué fue lo que pusisteis en ese sillón?

—Los guantes —contestó Gilchrist.

—Dejó los guantes ahí, y cogiendo las pruebas comenzó a leerlas una por una. Pensando en que tal vez vendríais de un momento a otro, se aproximó a la ventana para veros venir, no ocurriéndosele que también podíais entrar

por la puerta de escape. De improviso os sintió, y dando un salto, sin tener tiempo más que para coger precipitadamente los zapatos, se ocultó en la alcoba. Fijaos, amigo Soames, en que la rozadura de la mesa se hace más profunda en la dirección de la alcoba, por lo cual deduje que en esa habitación es donde se había escondido el intruso. Además ya sabéis que en el suelo, debajo de la cortina con que tapáis la ropa, encontramos un montoncito de tierra igual al de la mesa, y añadir que esta mañana he estado en Rugby y he visto que el terreno correspondía también a estos dos montones. ¿He acertado, señor Gilchrist?

—Sí; habéis acertado.

—¿Entonces no tenéis nada que alegar en defensa vuestra? —dijo Soames.

—Perdonad, señor profesor. El asombro de haberme descubierto me ha conmovido de tal manera, que durante largo rato no he podido coordinar ideas. Aquí tenéis esta carta escrita después de una noche terrible, y antes de sospechar que todo se había descubierto. Leedla y veréis que estoy decidido a no tomar parte en las oposiciones, y que acepto la plaza de policía en Rodería que me han ofrecido ayer mismo.

—Confieso que me alegra no poco el saber que renunciáis a aprovecharos de vuestra mala acción —repuso Soames—. ¿Pero qué razón ha habido para que cambiéis tan pronto de parecer?

Gilchrist indicó a Baunister.

—Aquí tenéis al hombre que me ha convertido.

—Vaya, amigo Baunister —exclamó Holmes—, creo que ahora no os negaréis a hablar.

—No; hablaré. Todo es muy sencillo, y, sin embargo, a pesar de vuestro talento y de vuestra perspicacia, no lo hubierais adivinado jamás. Yo fui criado de sir Jabes Gilchrist, padre de este joven, y cuando murió, entré aquí profundamente apenado por su desgracia.

Desde entonces, siempre he vigilado a su hijo y he procurado que no le faltara nada y que fuera un hombre de bien. Ayer, cuando me llamó el señor Soames, y me contó lo que había ocurrido, lo primero que vi fueron los guantes de Gilchrist olvidados en ese sillón. Todo lo comprendí, y me dejé

caer encima antes de que los viera el señor profesor. En cuanto salió el señor Soames, penetré en la alcoba y puse en salvo a mi antiguo amo, al que en otro tiempo saltó sobre mis rodillas. Si hice mal, castigadme; pero tened en cuenta que mis palabras le hicieron ver la fealdad de su acción, y consiguieron traerle al buen camino.

—Muy bien, Baunister —dijo Holmes con sinceridad—, sois una buena persona; y respecto a vos, señor Gilchrist, os deseamos un feliz viaje, y confiamos en que vuestro arrepentimiento será eterno.

FIN

¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web